

nunca, ni aun en las producciones de un mismo poeta, por más que algunos de estos ingenios presten culto alternativamente á la una y á la otra. Representa la primera la tradición de los trovadores galaico-portugueses; la segunda es un reflejo del arte alegórico de Italia, y reconoce á Dante por su principal modelo. Villasandino, Jerena, el Arcediano de Toro, Macías, Juan Rodríguez del Padrón, pertenecen indisputablemente á la escuela gallega: Micer Francisco Imperial, Ruy Páez de Ribera, los Medinas, Ferrant Manuel de Lando, y en general todos los poetas andaluces son declaradamente partidarios del gusto italiano, y en el orden de los tiempos señalan la primera aparición de la gloriosa y nunca extinguida escuela lírica sevillana, y el primer albor de la poesía del Renacimiento.

Mucha parte del *Cancionero de Baena* es evidente continuación de los cancioneros galaico-portugueses, así en los géneros y asuntos como en los metros, aunque, por lo común, en lengua diversa. Algunos versos gallegos hay todavía de Villasandino, de Macías, del Arcediano de Toro, de D. Pedro Vélez de Guevara, de Garci Ferrandes de Jerena, pero tan impuros en la dicción, que muchas veces duda uno si lee gallego castellanizado ó castellano agallegado. El triunfo de la lengua del Centro sobre la del Noroeste era ya forzoso é inevitable. Pero fué lástima que la escuela trovadoresca de Castilla, al recoger la herencia de su predecesora, no hiciese por de pronto mucho caudal de los elementos de lirismo popular que en tan gran número contenía, y se inclinase con predilección al cultivo de los géneros más artificiales. Para que la *serranilla* renazca con su pristina gentileza es preciso saltar desde el Archipreste de Hita hasta el Marqués de Santillana, y ni una sola vez vienen á refrescarnos en las áridas y monótonas páginas del *Cancionero* de Baena aquellas ráfagas de poesía que nos sorprenden en las *cantigas de amigo* ó en las *de ledino*.

Pero aun que carezcan de hechizo poético la mayor

parte de los primeros versos que la imitación gallega suscitó en Castilla, todavía les da cierto precio, superior al de otros muchos cancioneros posteriores, la actualidad histórica de que generalmente están llenos, la continua alusión á sucesos políticos del momento, y las revelaciones, á veces muy explícitas y francas, que suelen contener sobre la vida y costumbres de sus autores, que en esto recuerdan mucho más que los gallegos la tradición provenzal clásica, aunque seguramente sin conocerla más que de oídas. Los principales rasgos de la existencia aventurera y tumultuosa de los trovadores primitivos reaparecen punto por punto en los nuestros de fin del siglo XIV: el desorden é indisciplina moral en el ermitaño renegado Garci Ferrandes de Jerena, la mendicación poética en Alfonso Alvarez de Villasandino, el martirio de amor en Macías, la inquieta curiosidad especulativa en Fernán Sánchez de Talavera. Cambiando los nombres, parece que nos encontramos aún en el coro de Jofre Rudel, de Pedro Vidal, de Cabestaing, de Guilhem Figuera. Ciertas analogías de condición social entre unos y otros poetas bastan para explicar esta semejanza de fisonomía, sin necesidad de acudir á la hipótesis, enteramente improbable, de una imitación directa. Nuestra escuela cortesana del siglo XV nunca fué provenzal más que de segunda mano: su origen inmediato está en Galicia; y si algo toma de Provenza por intermedio de Cataluña, es sólo la tradición de los preceptos gramaticales y teóricos que se exponían en los tratados de *gaya ciencia*, imitados entre nosotros por Villena, Santillana, Pedro Guillén de Segovia, y aun por el mismo Juan del Enzina en época bien tardía. No hay país de Europa donde sean tan raros en las bibliotecas los textos provenzales como en España, sin excluir aquella parte de España en que se ha hablado siempre una variedad de la lengua *de oc*. Y esta pobreza no es de ahora, ni efecto de rapiñas ó desastres, puesto que se observa lo mismo en todos los inventa-

rios que poseemos de bibliotecas de aquellos remotos tiempos. Los trovadores provenzales no eran leídos ni por el mismo Marqués de Santillana, tan curioso de toda erudición poética, tan fino conocedor de las literaturas italiana y francesa, ni aun por el insaciable polígrafo D. Enrique de Villena, ambicioso de toda ciencia humana y sobrenatural. El primero no conocía á Arnaldo Daniel más que por la cita de Dante: el segundo hacia fundar á Ramón Vidal de Besalú el Consistorio de Tolosa, cuando por sus versos le hubiera sido tan fácil comprender que había florecido siglo y medio antes.

Pero repito que, tomada en conjunto la poesía del *Cancionero de Baena*, presenta un aspecto más provenzal que gallego, aunque los gallegos y no los provenzales sean sus inmediatos modelos. Nada de la intimidad de sentimiento, de la vaga y misteriosa ternura, del perfume idílico que exhalan algunos deliciosos fragmentos del *Cancionero de la Vaticana*, ha pasado á estos nuevos trovadores, que sólo tienen inspiración y fuerza en las diversas formas de la sátira y del serventesio político. Es la parte más robusta del *Cancionero de Baena*, y es también históricamente la más interesante. Cantos de alabanza ó cantos de vituperio, que nos conducen desde el advenimiento de Enrique II hasta la privanza de D. Alvaro de Luna, y reflejan con la minuciosidad de un periódico los cambios de la opinión, los vaivenes de la fortuna, las caídas de los poderosos, el encumbramiento de los audaces, las difamaciones de la crónica escandalosa. Puymaigre ha caracterizado este aspecto del *Cancionero de Baena* en una página pintoresca y brillante, que conviene trasladar á la letra para no repetir mal lo que ya está dicho de un modo tan poético como exacto: «La historia presenta los personajes con cierto énfasis y rigidez, más como estatuas que como hombres. Pero los detalles secundarios que la historia olvida y que nos muestran á los héroes bajo un aspecto verdaderamente hu-

mano, hay que buscarlos en las memorias y en las canciones. Leamos el *Cancionero de Baena*, y desfilarán á nuestros ojos los caballeros de férrea armadura, los monjes con su sayal, las nobles damas con sus ropas de brocado, los judíos más ó menos convertidos, los médicos árabes, los doctores en Teología, las monjas de Sevilla que traían competencia de belleza con las de Toledo (1), todo un mundo que vive y se mueve, que se deleita en rimar versos ligeros, que canta y celebra *al rey de la faba*, pide aguinaldos, propone y resuelve enigmas. En este *Cancionero* todo se mezcla por modo extrañísimo: versos de imitación provenzal (2), cánticos á la Virgen, impiedades que hubiesen escandalizado á Parny, estancias místicas en que se tratan los más impenetrables misterios del Cristianismo, coplas de amor, visiones dantescas. Al lado de una canción en que se diviniza á las mujeres, se tropieza con obscenidades del género más repugnante y soez. Las alegorías más sutiles alternan con los memoriales de los poetas que tienden la mano para pedir dinero. A una pieza mordaz contra los judíos sigue una declaración de amor á una graciosa criatura del linaje de Agar. En medio de este abigarrado concurso de enamorados, de frailes, de caballeros que sutilizan sobre el amor platónico, de libertinos y jugadores, de gentes que se arrepienten, de ilustres personajes, de escritores famélicos, de versificadores que ponen tienda de coplas y las alquilan al mejor postor, resuenan de vez en cuando, como acentos fatídicos, algunas ásperas sentencias sobre la brevedad de la vida y la vanidad de los goces mundanos, sobre la implacable tiranía de la muerte, que son como la inscripción fúnebre de este festín de Baltasar. Pero estas graves preocupaciones sólo aparecen en algunas poesías de Gonzalo Martínez de Medina, de Talavera, de Ruy Páez de Ribera.

(1) Núm. 98 del *Cancionero*.

(2) Ya sabemos en qué sentido ha de tomarse esto.

En general los poetas piensan más en encontrar la resolución de un enigma ó la contestación á una *requesta*, que en arbitrar remedio á los males de su país. Los poetas á cada momento se están proponiendo cuestiones, unas de casuística galante, otras con más apariencia de gravedad; por ejemplo: ¿vale más ser rico en la juventud ó serlo en la vejez? ¿quién tiene más poder, la voluntad ó la razón? Tres, cuatro, cinco ó más trovadores se ejercitan sobre cada uno de estos problemas, sucediéndose sin tregua las explicaciones, las réplicas y contrarréplicas (1).»

La mayor parte de los versos caracterizados por el erudito lorenés de tan gráfica manera, pueden reducirse á dos géneros bien conocidos de la poética provenzal: el *serventesio*, al cual pertenecen gran número de *dezyres* políticos y satíricos, y la *tenson*, á la cual equivale nuestra *requesta*, en la que generalmente el que responde procede por los mismos consonantes que el que pregunta.

Enumeraremos brevemente algunos poetas de este grupo, especialmente aquellos de quienes hemos tomado algunas piezas para esta Antología.

Pero Ferrús, de quien tenemos muy pocas noticias y sólo cinco poesías, parece ser el más antiguo de los poetas del *Cancionero*, á excepción de su amigo el canciller Ayala. Esta circunstancia es casi la única que hace interesantes las reliquias de sus versos. Deploró la muerte de Enrique II poniendo en boca del mismo rey un encomiástico y nada verídico epitafio; anduvo en curiosos dimes y diretes con los rabinos de Alcalá, que le replicaron por los mismos consonantes vindicando sus ritos y ceremonias, y comparando la dulzura de los cánticos de su ley con los que entonan en el vergel los ruseñores á la alborada; anduvo platónicamente enamorado de una dama que denomina *Bella-*

(1) *La Cour Littéraire de Don Juan II, Roi de Castille*. (Paris, Franck, 1873), tomo I, páginas 122 y 123.

guisa (nombre de sabor provenzal y trovadoresco), y debió de ser muy leído en poemas franceses y libros de caballerías, puesto que en tan corto número de composiciones encuentra medio de traer á colación repetidas veces al rey Artús, á D. Galás, á Lanzarote, á Tristán, á Ginebra, á Isolda, al rey Lisuarte y á Rol-dán con su espada Durindana: revueltos todos estos nombres con los de personajes de la Biblia, como Josué, David y Absalón, y con héroes y heroínas clásicas como Pompeyo, Caco, Alejandro, Hércules, Gerión, Briseyda, Dido y Polixena. Esta erudición indigesta, de la cual más ó menos participan todos los poetas del *Cancionero*, tiene hoy la ventaja de hacernos penetrar en la intimidad de sus lecturas, y mostrarnos, por ejemplo, la época precisa en que entraron en España las novelas del ciclo bretón, y el punto culminante á que llegó su prestigio é influencia, manifestándose no sólo en la literatura, sino en las ideas y en las costumbres, para engendrar aquel nuevo género de caballería galante, quimérica y en el fondo tan poco española, que Amadís representó en el arte y Suero de Quiñones en el *Paso Honroso* de la puente de Orbigo, y contra la cual fué sublime protesta del genio de la raza la ironía vengadora de Miguel de Cervantes. Probablemente nadie se acordaría de Ferrús si en sus versos no se encontrase una de las primeras menciones del *Amadís*, y el dato de que en su tiempo existían ya tres de los cuatro libros que componen el texto publicado y seguramente refundido por Garcí Ordóñez de Montalvo.

Mucho más que Ferrús vale el burgalés Alfonso Alvarez de Villasandino (llamado también de Illescas), que es el poeta de quien mayor número de composiciones (más de un centenar) encierra el *Cancionero*, y seguramente el predilecto de su colector, Baena, que llega hasta atribuirle *gracia infusa*, y no se harta de llamarle «esmalte é lus é espejo é corona é monarca de todos los poetas et trovadores, maestro et patron del arte poé-

tica» con otros no menos peregrinos encarecimientos. El Marqués de Santillana, que era crítico de gusto más severo, y que da la primacía á Micer Francisco Imperial, considerándole como el primero que en Castilla mereció nombre, no de trovador, sino de poeta, hacia, no obstante, mucho aprecio de Villasandino; le llama *gran decidor*, y compara su facilidad con la de Ovidio, porque «todos sus motes é palabras eran metro».

Fué, en efecto, un versificador incansable, que convirtió su arte en oficio y modo de subsistencia, empleándole sin ningún género de escrúpulos, por cuenta propia ó ajena, en asuntos sagrados ó profanos, políticos ó picarescos, de devoción ó de obscenidad, á gusto y talante de quien alquilaba á bajo precio su musa mercenaria. Por Navidad solía componer una cantiga en loor de la ciudad de Sevilla, la hacia cantar por juglares, y el cabildo de la rica ciudad le daba de aguinaldo cien doblas de oro. Era proveedor obligado de versos amatorios, mediador poético en todo género de tratos licitos ó ilícitos. Dió *requestas* y *fablas* al Conde de Buelna D. Pedro Niño para requerir de amores á sus dos mujeres Doña Constanza de Guevara y Doña Beatriz de Portugal; hizo versos también para las amigas del Adelantado D. Pedro Manrique; y los hizo sobre todo, en gran número, sin duda por ser más alto el salario, para las mancebas de D. Enrique II, Doña Juana de Sosa y Doña Maria de Cárcamo, agotando en obsequio de una y otra todo el vocabulario de las lisonjas: «acabada fermosura», «luz de parayso», «linda estrella». Todo esto no le estorbaba para enamorarse á cada paso por cuenta propia, ya carnal, ya platónicamente, recorriendo en estas volubles pasiones suyas toda la escala social, desde la reina de Navarra é infanta de Castilla Doña Leonor, hasta una mora

Muy graciosa criatura,
De lynaje de Aguar,

por la cual declara que «pornia en condición la su alma pecadora» y á la cual dedica los versos quizás más graciosos y delicados que hizo en su vida

Lynda rosa muy suave
Vi plantada en un vergel,
Puesta só secreta llave
De la lynea de Ismaél.

.....
Mahomad el atrevido
Ordenó que fuese tal,
De aseó noble cumplido,
Alvos pechos de crystal.
De alabastro muy broñido
Devie ser con grant razon
Lo que cubre su alcandora.

Á pesar de su inconstancia amatoria fué casado no menos que dos veces, y como era de recelar, encontró en el matrimonio providencial castigo de sus culpas. Las rúbricas del *Cancionero de Baena* nos iluminan bastante sobre esto. Vuelve uno la hoja después de haber leído una cantiga acróstica «por amor é lores de su esposa la postrimera que ovo, que avía hombre Mayor», y queda edificado leyendo inmediatamente otra que el poeta compuso «*repisso* (esto es, arrepentido) del casamiento, cuando más quisiera tener á la Doña Mayor por comadre que por mujer, segund la mala vida que en uno avian, por celos e vejez...» y por algo más que se decía sin ambages en la lengua del siglo xv.

Nada iguala á la insolencia y procacidad de la musa degradada de Villasandino. Composiciones suyas hay que los editores del *Cancionero de Baena* no se atrevieron á insertar más que en algunos ejemplares de lujo, sustituyéndolos en los restantes con líneas de puntos. Tenemos, sobre todo, un cierto *decir* que compuso en nombre de un caballero de estos reinos para difamar y denostar á una dama que no habia querido aceptar sus amores, en el cual se leen con todas sus letras las palabras más soeces de nuestra lengua, las que el

Diccionario no consigna *pudoris causa*, á pesar de su antigüedad y reconocido abolengo.

Semejante vida literaria y moral no parece la más adecuada para ganarse la consideración de las gentes, pero los tiempos andaban tales, que aquél juglar cínico que vendía su ingenio como las rameras su cuerpo, no sólo fué el poeta áulico y oficial de tres reinados, favorito de reyes y princesas, sino que llegó á caballero de la orden de la Banda,

Estrénuo en armas é en caballería,
En regir compañías sin ningund defeto,

como le llama su amigo Fray Pedro de Colunga.

Pero los buenos días de su inspiración pasaron, y con ellos los dones y las mercedes. El vuelco de los dados y de los trucos arruinó al poeta, su carácter se fué entristeciendo y agriando, escaseó la demanda de sus versos, el gusto poético había tomado otros rumbos durante la menor edad de D. Juan II, y los palaciegos comenzaban á decir que las trovas de Villasandino no tenían donaire ni sal. Tuvo la desgracia de sobrevivirse á sí mismo; en 1424 estaba positivamente anticuado, y además *viejo, cano, calvylo, y lleno el rostro de arrugas y el cuerpo de bizmas de socroco*, y entonces, ó sustituye los panegíricos con sátiras como las que compuso contra el Cardenal D. Pedro de Frías, ó *demanda vistuario* y dineros al Condestable Rui López Dávalos y á D. Álvaro de Luna, ó extiende la mano á los que pasan, repitiendo con voz plañidera, como mendigo de encrucijada:

Sennores, para el camino
Dat al de Villasandino.

Por honor del arte y de la naturaleza humana hay que creer que con tales miserias de carácter y con tal envilecimiento del don divino de la poesía, no es compatible ninguna cualidad poética verdaderamente superior. Y, en efecto, las que Villasandino muestra son

puramente técnicas, y se derivan todas de su portentosa facilidad para versificar, del *quidquid tentabat dicere versus erat*, unido á cierta lozanía de imaginación y á la facilidad de apasionarse de un modo transitorio y superficial, recibiendo dócil y blandamente toda impresión exterior. Sus versos agradan muchas veces por la gentileza y soltura con que se mueven, pero nunca dejan impresión profunda en el ánimo. Las cantigas á la Virgen no son tales que justifiquen mucho la esperanza del poeta, que por mérito de una de ellas esperaba redimir todas sus culpas y librarse del enemigo malo; pero el ritmo es más musical que en las del Archipreste ó en las del Canciller Ayala. En la sátira política tiene algún rasgo enérgico, especialmente al declarar las supuestas profecías de Merlin, cuyo testimonio hemos visto ya invocado por el autor del Poema de Alfonso XI y por el cronista de D. Pedro: nuevo indicio de lo divulgado que estaba el ciclo bretón y el nombre de su profeta. En las cantigas de amor no le falta frescura y gracia afectuosa, pero en general los méritos de Villasandino son méritos de versificador. En el uso de las combinaciones más artificiosas; en el juego de los metros y de las rimas, parece aun más que aventajado discípulo de los gallegos, émulo de los provenzales. En el *Cancionero de Baena*, donde abundan los buenos versificadores, especialmente en los metros cortos, él lleva la palma á todos, si no en las estancias dodecasilábicas, á lo menos en las coplas de pie quebrado, en las redondillas encadenadas y en los villancicos. Grande es su penuria de sentimientos y de imágenes; pero á veces llega á disimularla, y la lengua en sus manos parece ya blanda cera. Este mérito es muy positivo, aunque secundario, y en un autor de principios del siglo xv muy digno de tenerse en cuenta. Quizá las serranillas y otros versos cortos del Marqués de Santillana no hubiesen llegado al punto de primor y lindeza que tienen, si Villasandino no hubiese educado antes la lengua poética

para tal empleo, comunicándola las condiciones de la poesía cantable de los trovadores gallegos.

Muy semejante á Villasandino en la facilidad y soltura de versificación, y todavía más en lo estrafalario y desconcertado de su vida, se mostró Garci Ferrandes de Jerena, de quien tenemos en las rúbricas del *Cancionero* muy peregrinas noticias, las cuales reflejan á maravilla así lo inconstante y versátil de su condición como la anarquía moral á que habían llegado los espíritus á fin del siglo XIV. Aquellas juglaresas moriscas, tan caras al Archipreste y á Villasandino, fueron causa de la perdición del pobre Jerena. Enamoróse ó fingió enamorarse de una de ellas «pensando que avía mucho tesoro»; casóse con ella, perdiendo el favor de que disfrutaba en la corte de D. Juan II, y luego falló que su mujer non tenía nada. Desesperado de su torpeza se retrajo entonces á una ermita cabe Jerena «enfingiendo de muy devoto contra Dios», y dando por testimonio de esta simulada piedad suya algunas canciones religiosas que entonces compuso, entre ellas la muy linda que tiene por estribillo:

Virgen, flor de espina,
Syempre te servi:
Sancta cosa é dina,
Ruega á Dios por mí.

Pero otra cosa revolvió en su pensamiento, y deseoso de vida más holgada que la de la ermita, fingió que iba en romería á Jersusalem, y dió consigo y con su mujer en el puerto de Málaga, donde se hizo circuncidar y abrazó públicamente el mahometismo, dedicándose con ardor á desarrollar sus consecuencias prácticas durante los trece años que vivió en el reino de Granada, hasta que en 1401, viejo, pobre y cargado de hijos, habidos muchos de ellos en una hermana de su mujer, el arrepentimiento y la miseria le volvieron á traer á Castilla, donde arrastró el resto de su pecadora vida, escarnecido y vilipendiado en todo gé-

nero de metros por Villasandino y sus demás cofrades de la *gaya ciencia*. Su vida presenta remotas semejanzas con las de otro apóstata más célebre de aquel mismo tiempo, el franciscano mallorquín Fray Anselmo de Turmeda; pero la celebridad de éste no se funda meramente, como la de Jerena, en sus extrañas aventuras, sino que va unida á la poesía didáctica más popular y sentenciosa que hay en lengua catalana, y al más original de los apólogos satíricos en prosa, que no se desdeñó de imitar el mismo Maquiavelo. Los versos de Jerena, ni merecen ni han alcanzado una fortuna semejante.

La intemperancia que estos y otros poetas del *Cancionero de Baena* mostraron en sus costumbres trasciende en algunos á la esfera de las ideas, determinando cierta fermentación sorda y ciertos conatos de rebeldía en la mente de otros ingenios dados á más graves especulaciones, y avezados á contemplar el mundo con ojos más penetrantes que los de Villasandino ó los de Jerena. No son raras en el *Cancionero* las poesías filosóficas, y entre ellas se distinguen de un modo muy señalado las del Comendador Fernán Sánchez Talavera (1), por cuyos versos pasan ráfagas de escepticismo, de pesimismo y aun de fatalismo. El fué quien propuso á los demás trovadores la terrible cuestión de *predestinados* y *precitos*, no retrocediendo, aunque sólo fuese en son de duda y ejercicio dialéctico, hasta conclusiones extremas que confinan con el maniqueísmo:

E desta quistión se podría seguir
Una conclusión bien fea atal,
Que Dios es causa é ocasion de mal.

En esta justa teológica intervinieron los más diversos campeones que es posible imaginar: el canciller

(1) *Calavera* dice el texto impreso del *Cancionero de Baena*, pero bastan las más elementales nociones paleográficas para leer en el códice de Paris *Talavera* y no *Calavera*.

Ayala; un paje de D. Juan I, Ferrán Manuel de Lando; un monje de Guadalupe, Fr. Alfonso de Medina; un judío converso, escribano del Rey, Garci Álvarez de Alarcón; un médico moro de Guadalajara, Mahomat-el-Xartosse; un franciscano de León, Fray Diego de Valencia, «que era muy grant letrado et grant maestro en todas las artes liberales, é otrosí era muy grant fisico, estrólogo et mecánico tanto et tan mucho que non se falló otro tan fundado en todas sciencias.» Naturalmente que de un maestro tan sabio y bien fundado y macizo en todo género de escolástica, no podía esperarse nada que no fuese muy ortodoxo, y efectivamente, Talavera se sometió á su parecer y censura é hizo humilde retractación de sus errores. Pero por mucha que fuese la ciencia de fray Diego de Valencia, sus costumbres no parecen haber diferido gran cosa de las que eran corrientes en el mundo literario de entonces. Suya es la mejor poesía erótica del *Cancionero*: «*En un vergel deleitoso*». Y no se contentó con trovar «por amor á loores de una doncella, que era muy fermosa é muy resplandeciente, de la qual era muy enamorado», sino que en versos de burlas rivalizó con los más desvergonzados, como Villasandino, Nicolás de Valencia y Martín el ciego, llegando á poner su musa al servicio de la *Cortabota*, dama de León, cuyo apodo indica bastantemente su oficio.

Aparte de la cuestión de *precitos* y *predestinados*, cuyo interés en la historia de nuestra teología popular no necesitamos encarecer, y que andando los siglos habia de recibir sublime realización estética en *El Condenado por desconfiado*, los restantes versos del Comendador de Villarrubia, desgraciadamente escasos, prueban que tenia para la alta meditación poética fuerzas y alientos superiores á los de todos los demás poetas del *Cancionero de Baena*. Los que siguen la cómoda y perezosa opinión de reducir la poesía del siglo XV á las coplas de Jorge Manrique, sin hacerse cargo de sus innumerables y clarísimos precedentes,

no leerán sin asombro, el *desir* que Sánchez Talavera compuso á la muerte del Almirante Ruy Díaz de Mendoza, del cual no sólo hay que decir con el colector Baena «que está muy bien fecho é bien ordenado é sobre fermosa invencion», sino que contiene todos los pensamientos capitales y el más bello y celebrado movimiento poético de las famosas coplas, las cuales nada pierden con no ser una maravilla aislada, como absurdamente suponen los que hacen gala de prescindir de la cronología literaria, sino el último y más sabroso fruto de una tradición inmemorial, cuyas raíces se esconden en los libros de Boecio y de San Gregorio Magno:

Pues ¿dó los imperios, é dó los poderes,
Reynos e rentas é los señorios,
A dó los orgullos, las famas é bríos,
A dó las empresas, á dó los traheres?
¿A dó las sciencias, á dó los saberes,
A dó los maestros de la poetrya,
A dó los rymares de grant maestría,
A dó los cantares, á dó los tañeres?
¿A dó los thesoros, vasallos, servientes,
A dó los firmalles é piedras preciosas,
A dó el aljófar, posadas costosas,
A dó el algalia ó aguas olientes,
A dó paños de oro, cadenas lusientes,
A dó los collares et las jarreteras,
A dó pennas grises, á dó pennas veras,
A dó las sonajas que van retinientes?
¿A dó los convites, cenas ó ayantares,
A dó las justas, á dó los torneos,
A dó nuevos trajes, extraños meneos,
A dó las artes de los danzadores,
A dó los comeres, á dó los manjares,
A dó la franquesa, á dó el expender;
A dó los rrysos, á dó el plaser,
A dó menestriles, á dó los juglares?
.....
¿Qué se fisieron los Emperadores,
Papas é Reyes et grandes Perlados,
.....
E los que fallaron sciencias é artes,
Doctores, poetas é los trobadores?

La semejanza no puede ser más directa, y la hay

también en otras partes de la composición, á veces con tal identidad de palabras, que prueban, á mi entender, que el hijo del Conde de Paredes habia leído y tenia muy presente el *decir* de Talavera á la muerte del almirante Ruy Días:

Cá non es vida la que vevimos,
 Pues que *viviendo se viene llegando*
La muerte cruel et esquiva, é quando
 Pensamos vevir, estonce morimos:
 Somos bien ciertos á donde nascimos,
 Mas non somos ciertos á donde morremos.

 Con llanto venimos, con llanto nos imos.

Por lo demás, estas ideas, estas imágenes y aun la misma interrogación *¿qué se hizo? ¿á dó fué?* eran en aquellos tiempos un lugar común de la predicación y de la poesía siempre que se trataba de la vanidad de las grandezas humanas y de lo instable y caduco de la vida. Sin salir del mismo *Cancionero de Baena* las encontramos en otro poeta, fray Migir, capellán del Obispo de Segovia y autor de un largo sermón fúnebre que desde su ataud de Toledo dirige á los mortales, por vía de prosopopeya poética, el muerto rey D. Enrique III *el Doliente*. Hay muchas pedanterías en este sermón, que se convierte en lista inacabable de los grandes hombres que se han muerto, tales como Salomón, el rey Saúl, Alejandro, Pitágoras, Platón, Virgilio, Catón, Aristóteles, Marco Tulio, juntamente con otros que no se han muerto nunca, porque nunca existieron, como Páris, Héctor, Tristán, Lanzarote y Amadís de Gaula; pero de vez en cuando se encuentran versos como los siguientes, que vienen en apoyo de nuestra observación:

E de sus imperios, ryquesas, poderes,
 Reynados, conquistas é cavallerias,
 Sus vicios é honras é otros plazeres,
 Sus fechos, fasañas é sus osadías?
 ¿A dó los saberes é sus maestrías?
 ¿A dó sus palacios, á dó su cimientó?

Pero repito que en este género de poesía grave, mediatubunda y sentenciosa, la superioridad de Talavera sobre sus colegas del *Cancionero* es evidente, así en este *decir* como en el que compuso sobre las *vanas maneras del mundo*. Á veces esta poesía se presenta en forma didáctica pura, como la hemos visto ahora, y entonces se enlaza en el concepto primordial, no en el ritmo, con la tradición del Canciller Ayala y del rabino de Carrión; pero otras veces suele adoptar los pomposos arreos de la forma alegórica y se injerta en el tronco de la poesía dantesca de Imperial y sus discípulos. De este género de composiciones alegórico-morales hablaremos más adelante.

Con las excepciones ya señaladas, los demás versos de escuela trovadoresca que hay en el *Cancionero de Baena* pertenecen á la poesía más ligera y fugaz, por no decir trivial é insignificante. Las tres más notables del Arcediano de Toro están escritas en gallego. Aunque recordado con cierto aprecio por el Marqués de Santillana, no era este Arcediano ningún Archipreste de Hita, pero sí un versificador muy atildado. Es ingenioso su testamento satírico (lugar común de la poesía francesa de la Edad Media hasta Villon inclusive), y no carece de gracia y primor su despedida del amor y de la poesía:

A Deus amor, á Deus el Rei
 A quem servy.....

 A Deus senhores
 Que muyto amé:
 A Deus os trobadores
 Con quem trobé.

Otro poeta, gallego no solamente de escuela y de lengua, sino también de nacimiento, según testimonio de su mayor amigo Juan Rodríguez del Padrón, merece aquí muy especial recuerdo, no en verdad por el mérito de las cinco canciones suyas que tenemos, y que pueden contarse sin escrúpulo entre las más insi-

pidas de su género, sino por el interés dramático de la leyenda de su vida y por la celebridad inmensa y popular de su nombre, que es para los españoles uno de los mitos simbólicos del amor trágico y fatal, como los amantes de Teruel son otro. Macías vive, no en las páginas de los cancioneros que son digno cementerio de sus pobres é insulsas querellas rimadas, sino en la fantasía popular y en las obras de otros ingenios que, más afortunados que el trovador gallego, han acertado á declarar de una manera apasionada y poética lo que el alma ardiente de Macías debió de sentir y no pudo expresar sino vaga y desaliñadamente.

La casuística amatoria de la Edad Media, mal avenida, en general, con la observancia rigida del nono precepto del Decálogo, creó en todas las escuelas de trovadores un tipo de poeta mártir del amor adúltero, llevado á veces hasta la más extravagante é inmoral apoteosis: en Francia, el de Raul de Concy, amador de la dama de Fayel; en Cataluña, el de Guillén de Cabestanh; en Galicia y Castilla, el de Macías. La leyenda de éste parece tener algún fundamento histórico, y en sí misma no encierra nada de inverosímil; pero no hay bastante conformidad en los detalles, y ya en el primer tercio del siglo XVI, cuando el Comendador Griego escribía su glosa á Juan de Mena, tuvo que recoger la tradición *remendada á pedazos*. Esta versión del Comendador, retocada y perfilada en algunos detalles por el docto Argote de Molina en la *Nobleza de Andalucía* (libro II), es, por decirlo así, la oficial, la que ha servido de base á todos los dramas, poemas y novelas sobre este argumento. Según ella, Macías, doncel de la casa del famosísimo D. Enrique de Villena y prototipo de rendidos amadores, murió en la fortaleza de Arjonilla atravesado por la lanza del celoso marido, que se la arrojó en el momento en que estaba entonando una de sus canciones amatorias. Su cuerpo fué sepultado con grande honra en la iglesia de Santa Catalina de aquella villa, y en su tumba se depositó el

hierro de la lanza, poniendo á modo de epitafio estos versos del mismo trovador, que forman parte de una de las poesías suyas que aún tenemos:

Aquesta lanza syn falla
 ¡Ay coytado!
 Non me la dieron del muro,
 Nyn la prise yo en batalla
 ¡Mal pecado!
 Mas viniendo á ty seguro.
 Amor falso é perjuro
 Me firió, é sin tardança
 E fué tal la mi andança
 Sin ventura.

Pudiera creerse que estos versos alegóricos, interpretados á la letra, dieron motivo al detalle de la lanza; pero si Macías no hubiese acabado trágicamente (en lo cual todos concuerdan), su leyenda no hubiera tenido razón alguna de existencia, puesto que sus canciones no eran tales que bastasen á separarle del grupo de los más adocenados trovadores ni á darle esa peculiar representación erótica. Hay otra versión más antigua, y sin duda más autorizada y no menos poética; la que consigna el Condestable D. Pedro de Portugal en su *Sátira de felice é infelice vida*. Este Condestable D. Pedro (Rey intruso en Cataluña después de la muerte del Principe de Viana) no fué contemporáneo de Macías, ni pudo conocerle (como por distracción afirman Amador de los Ríos y Puymaigre, confundiéndole, sin duda, con su padre el Infante), lo cual quita alguna fuerza histórica á su testimonio, trayéndole á los días de Enrique IV; pero, de todos modos, estaba más próximo á los tiempos del leal amador que Hernán Núñez y todos los que le han copiado. Refiere, pues, que Macías, enamorado de una dama á quien había salvado la vida sacándola de un río en brazos, se la encontró en un camino, ya casada, y por pago de sus servicios la demandó que descendiese, y ella, «con piadosos oydos oyó la demanda» y condescendió con ella. «E